

JOAN FUSTER

RECUERDO Y JUICIO DE BLASCO IBÁÑEZ EN SU CENTENARIO

- I El hombre y su tierra.
- II Su obra literaria.
- III Don Vicente, hombre de acción.

SU OBRA LITERARIA*

Del Blasco Ibáñez escritor se suele hablar poco y mal. Consulten ustedes cualquier manual de historia de la literatura española contemporánea, o algún repertorio crítico de la novelística castellana de los XIX-XX, o un índice alfabético de «autores» citados por tal o cual peón del ensayismo literario hispanófono del momento, y lo comprobarán. De hecho, la mención de don Vicente acostumbra a ser breve, si a tanto llega, y, además, teñida de displicencia. Como si se tratase de un novelista de quinta fila. Y lo cierto es que las letras españolas de los últimos cien años no cuentan con muchos narradores de su tamaño y de su empuje creador. Desde luego, han cambiado los tiempos y los gustos y, sin duda, hoy día, los libros de Blasco Ibáñez ya no gozan de la enorme popularidad que tuvieron antes. Pero donde hubo, siempre queda: sus obras continúan disfrutando de un público adicto, consiguen nuevos tirajes, reaparecen en traducciones. Y el cine las repite. En no pocos países más o menos

* *Destino*, nº 1541. Barcelona, 18, febrer, 1967

remotos, Blasco Ibáñez sigue siendo el «único» literato español moderno conocido y leído por los no especialistas del ramo. Los aristarcos celtibéricos, mientras tanto, se mantienen aún bastante reacios en la consideración y el estudio de don Vicente. Las excepciones son tan escasas que no vale la pena anotarlas. Habría que preguntarse por las causas de esta apatía o de este descuido. No creo que obedezca a razones políticas. Dentro del País Valenciano, quizá sí. Entre nosotros, la seducción o la repulsa que inspiraba el Blasco republicano influyó en gran manera sobre el juicio que la gente se formaba del novelista. Los correligionarios le ponían en las nubes y devoraban sus páginas con un entusiasmo sin reservas. Los enemigos, claro está, le desdeñaban, a través de acusaciones implacables: de no saber escribir, de plagiarlo, de procaz. El buenazo de don Josep Navarro Cabanes, historiador benemérito de la prensa vernácula local, le dedicó, por lo menos, dos folletos zahirientes: *Después de leer «Oriente»* y *Bajonazos al idioma*. Navarro Cabanes era carlista, y para un carlista valenciano, Blasco Ibáñez «no podía ser» un escritor como Dios manda. Pero estas pequeñeces, de estricta rabieta vecinal, desaparecían cuando se llegaba, por ejemplo, a Madrid. Sin embargo, Blasco no tuvo suerte en Madrid. Ni siquiera la crítica «liberal» le atendió en los términos debidos. El obsequio de unos cuantos elo-

gios de trámite no era suficiente.

Y hay más. No sólo no se produjo el adecuado reconocimiento de méritos para el novelista, sino que, entre los profesionales de la pluma coetáneos, predominó un ácido sentimiento de animadversión contra Blasco. La forma irritadamente despectiva con que Pío Baroja se refirió, una vez y otra, a don Vicente será, tal vez un caso extremo, pero lo que Baroja decía con palabra destemplada, otros lo insinuaban mediante reticencias o silencios. Sería interesante aclarar el fondo de la cuestión. A mí, personalmente, el asunto me preocupa muy poco: «allá que los sevillanos / se las arreglen con él», como dicen en el Tenorio. Mi literatura es otra. Sin embargo, puesto que tengo a Blasco en el telar, no sería lícito dejar de lado este problema.

El éxito y su reflejo literario.

Una explicación relativamente plausible, sugerida más de una vez por quienes se han fijado en el detalle, nos remitiría a un punto anecdótico muy concreto. Que formularíamos así: Blasco fue víctima de la «envidia» de sus colegas. Ni más ni menos. Don Vicente ganó dinero, admirables cantidades de dinero, con sus novelas, y esto ocurría en una época y en una lengua donde el literato, hasta el más insigne, era un indigente sin remedio. Por lo demás, Blasco Ibáñez obtuvo a la larga una fabulosa resonancia internacio-

nal: sus libros se vendieron en todas partes, en todos los idiomas, y bien. Era algo sin precedentes a escala española. Demasiado éxito para las tragaderas carpetovónicas. En aquel libelo venenoso titulado *El novelista que vendió a su patria*, publicado por «El Caballero Audaz», en 1924, se ve a la legua que el ataque a Blasco, tanto o más que a razones políticas, obedecía a los celos más desabridos. De todos modos, también sería un poco pueril insistir demasiado en esto. Conviene, sin descartar la idea, buscarle algún complemento más plácido. En mi opinión, lo encontraríamos en la resistencia o en la incapacidad de don Vicente para adaptarse a la «vida literaria» de Madrid.

Blasco empezó su carrera en Valencia, y sin salir prácticamente de Valencia, consiguió imponerse más allá de la frontera regional e incluso de la frontera lingüística del castellano. Sus estancias en Madrid no fueron dilatadas ni, en el fondo, satisfactorias. Instalado en la Corte como un plumífero más, cuando dejó la política municipal la experiencia le resultó aburrida. En Madrid se hizo buenos amigos y obtuvo respeto y admiración, pero quizá no tantos como deseaba. De allí salta a la Argentina. Luego se sitúa en París. La guerra de 1914 le brinda una oportunidad preciosa: la de entrar en el engranaje propagandístico de los Aliados. *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* será un «best seller» en los Estados Unidos y la consolidación de su

fama y de su fortuna. Finalmente, se asienta en Fontana-Rosa: en Menton, a la orilla del mar de la Costa Azul. Madrid, el Madrid garbancero, árido, regateador y castizo, quedaba lejos. El novelista, incorporado al circuito del cosmopolitismo más espectacular, no lo necesitaba para nada. Nunca le sirvió de plataforma, y entonces menos que nunca. Editaba sus libros en Valencia: no le hacía falta otra cosa, pues. Y así hasta la hora de su muerte.

Los intelectuales madrileños o madrileñizados no comprendieron el «fenómeno Blasco». Lo despatcharon con un veredicto fulminante: don Vicente, más que un escritor, pongamos «puro» era un simple mercader de la literatura, un fenicio del litoral que traficaba con la péñola. Y yo no digo que Blasco Ibáñez no fuese un tío listo en cuanto al aprovechamiento de sus facultades y de las ocasiones que se le presentaron. Pero también creo que estaba en su derecho y que con ello no hacía mal a nadie. Al fin y al cabo, realizó sus «negocios» sin hacer más «concesiones» —las consabidas «concesiones a la galería»— que las ya implícitas en su estética y en su ideología iniciales. El era así: su literatura o, si se prefiere, su compleción literaria, «permitía» perfectamente aquel tipo de jugadas. No ha de sorprendernos que tratase de explotar todos los filones «temáticos» que las circunstancias ponían a su alcance: Blasco tenía que ir fatalmente a

ellos, uno tras otro, enhebrados por un aparente —o real— oportunismo, porque su instinto novelístico no sabía resignarse a una fijación «monogámica». No fue un novelista «penetrante», de profundidad, sino de superficie, «descriptivo».

Lengua y literatura.

Uno de los primeros mentores literarios de don Vicente fue Constantí Llombart. Llombart es una de las figuras más simpáticas y heroicas de la «Renaixença» en el País Valenciano. De origen humilde, republicano de toda la vida, masón, bohemio y, a la vez, gran trabajador, representaba todo lo contrario de Teodor Llorente. No le acompañaba un gran talento y su formación cultural se resentía de los déficits propios del autodidacta callejero. Fue una lástima eso. Un Constantí Llombart con mayor categoría literaria habría contribuido mucho a cambiar de signo y de destino a la endeble «Renaixença» valenciana. Llorente le desplazó. Pero a lo que íbamos: Llombart guió los primeros pasos de escritor de Blasco Ibáñez. Y le indujo, naturalmente, a escribir en catalán: «en llemosí», como decía el pobre Llombart. De la probatura nos ha quedado tres o cuatro narraciones breves, publicadas en el almanaque «Lo Rat Penat», o todavía inéditas. No estoy seguro de que don Vicente las recogiese después —vertidas al castellano— en sus libros «adul-

tos». Los escritos en cuestión fueron redactados cuando Blasco tendría dieciséis o diecisiete años, y es lógico que más tarde le pareciesen poca cosa, prematuros o inhábiles. Tengo entendido de que Alfons Cucó prepara una nueva edición de tales textos. Es una excelente iniciativa, y debemos esperar que se lleve a cabo.

Blasco abandonó pronto el vernáculo como lengua literaria. Para él, en última instancia, el catalán de Valencia era sólo «vernáculo» a medias, y me excuso por la informalidad de la expresión. Don Vicente era hijo de aragoneses inmigrados y es de suponer que su idioma familiar fue el castellano. Pero él ya había nacido en Valencia, se sentía valenciano y aprendió el lenguaje de su pueblo hasta el punto de hacérselo suyo con tantos títulos como el materno. Muchas veces, en su alborotada actividad de orador político, hizo sus discursos «en valencià», como le pedía el auditorio. Y el mestizaje lingüístico marcó luego su prosa castellana. El castellano de Blasco, según el dictamen de los técnicos, resulta bastante incorrecto y desgarbado. Josep Pla, en el estupendo *Homenot* que dedica a don Vicente, cuenta que el novelista tenía a sueldo un amanuense con el encargo expreso de ponerle la sintaxis en orden: «un cagalló de la gramàtica», dice Pla, si mal no recuerdo. Es el problema del «bilingüismo» indígena: de todos los bilingüismos. Azorín y Gabriel

Miró también lo padecieron, aunque ellos trataron de superarlo por el camino de los adornos preciosistas. Blasco no tenía paciencia ni gusto para tanto y se quedó con el castellano rutinario y trivial que animaba a su modo, a fuerza de hinchazón y grandilocuencia.

Para la «Renaixença» valenciana, habría sido decisivo que Blasco se hubiese mantenido fiel a la lengua del país. Era, o sería, esperar demasiado el que don Vicente optara por ella. En realidad, ni Llorente ni nadie en el País Valenciano, por muy «renaixentista» que fuese, usó exclusivamente el vernáculo como lengua literaria. Un Blasco alternando los dos idiomas ya habría significado una gran baza a favor del más desasistido. Pero para un hombre como él, y teniendo en cuenta lo que ocurría en el ambiente ratpenatesco que administraba don Teodor, la vinculación al «dialecto» no tenía ningún aliciente. La literatura catalana de la época ya poseía una consistencia y unas ambiciones capaces de «interesar» a un Blasco. A pesar de todo, esa posibilidad se diluía. El Senia, ese imperceptible riachuelo que separa al País Valenciano del Principado, «separaba» de veras, y casi tanto como un océano. Inserto en la órbita provinciana —en cultura lo mismo que en política—, Blasco nunca llegó a ver claro en la entraña de su pueblo. Me temo que para él «Valencia» acababa en Oliva, por abajo, y en Sagunto, por arriba: su concepción del país se restringía a las de-

terminantes administrativas, y, quizá, sólo electorales, de la provincia. Y es posible que ni siquiera eso. Pero dejaremos aquí el tema. El hecho es que Blasco entró de lleno en la literatura española.

De Sue a Zola.

Tampoco las primeras novelas en castellano que Blasco publicó han sido reeditadas luego por el autor. Don Vicente prefirió olvidarlas o repudiarlas y hoy resultan terriblemente inasequibles. Yo no he logrado ver ninguna. Según tengo entendido, eran mamotreos inmensos —*La araña negra*, diez volúmenes; ¡*Viva la República!*, cuatro—, del más puro estilo folletinesco. Aunque Blasco gustaba de reconocer sus primeros tanteos influidos por Víctor Hugo, tal vez fue más sensible a Eugène Sue y al señor Fernández y González. Si aquellos relatos son malos y truculentos, tuvieron, por lo menos, una utilidad: la de servir de entreno y aprendizaje al escritor. Cuando en 1894 Blasco Ibáñez escribe *Arroz y tartana* ya se siente en plena madurez. Y, bien mirado, quizá puede afirmarse que *Arroz y tartana* es su mejor novela. Pero entonces Blasco se lanzaba también por otro derrotero estético: el del naturalismo, en la línea de Emile Zola.

A finales del siglo XIX los valencianos leían mucho a Zola. Blasco había sido su gran propagandista, sin duda. «En Valencia, hace años, se hablaba de

Zola y se llamaba don Emilio, como si fuera algún concejal republicano de por allá y hubiese nacido en Mislata», observaba irritado Pío Baroja, en 1917. Y con motivo de no sé qué circunstancia, de Valencia salió un álbum con más de veinte mil firmas dedicado al novelista de les Rougon-Macquart. Con el tiempo, don Vicente quiso puntualizar los rasgos y las convicciones que le separaban de Zola, y así lo hizo en una larga carta a Julio Cejador. Las diferencias en cuestión son evidentes. Pero la lección de Zola fue decisiva para él. Sobre todo, en su primera etapa: la del llamado «ciclo valenciano» que incluye, además de *Arroz y tartana*, *Flor de mayo*, *La barraca*, *Entre naranjos y Cañas y barro*, y que termina en 1902. Pensando en Flaubert escribió *Sónnica la cortesana*, y otras corrientes de la moda literaria francesa repercutieron en su evolución posterior y no para mejorarla, precisamente. Zola fue lo único importante de su formación.

El «ciclo valenciano» de Blasco ha dado pie a una complicada serie de equívocos bastante desafortunados acerca de Valencia y de los valencianos. Circula por ahí un imagen colorinesca y confusionaria de mi tierra, literalmente «de pandereta», que, si no arranca de las narraciones de don Vicente, saca de ellas buena parte de su empuje. Lo cual, lo proclamo en seguida, no es culpa del escritor. Por de pronto, el «área» que abarcan las novelas y los cuentos «regio-

nales» de Blasco es muy reducida: de hecho, sólo la ciudad y su huerta, la Albufera y un pequeño trozo de la Ribera del Xúquer. El País Valenciano es mucho más que todo eso. De otro lado, la visión blasquiiana del «área» mentada no era tan eufórica y de pasodoble como han pretendido sus divulgadores y las vestales del amor propio local. Blasco usó y abusó a veces del pintoresquismo: el paisaje, el pueblo bullicioso, las fiestas, le brindaban fáciles excusas para la «descripción» y él buscaba en ello la nota vivaz, abigarrada, movida. Pero, en sustancia, nunca ocultó la verdad amarga, dramática, casi desoladora, de lo que constituía el tejido «real» de aquella sociedad. Y no vale decir, y descartar «por consiguiente», que en eso cargaba las tintas y que los naturalistas siempre fueron propensos al trazo lúgubre y torturado. Porque Blasco había sabido «ver».

Hace pocas semanas apareció en las librerías un interesante estudio de Enric Sebastià, *València en les novel·les de Blasco Ibáñez*, publicado por «L'Estel». Quien de veras se preocupe por la obra de don Vicente podrá consultar con provecho el análisis de Sebastià. En él queda precisado hasta qué punto la versión que el novelista dio de su fragmento de «vida valenciana» fue certera. El naturalismo había de tener esta virtud: la veracidad. Y no sólo el naturalismo intervenía en la lucidez del novelista: su misma actitud política debía

de colaborar. Era —no podía ser si no— una actitud «crítica»: tan modesta como se quiera en cuanto a conciencia exacta del mecanismo social, pero «crítica». Comparando las dos Barracas célebres, la de Blasco y la de Llorente, el contraste salta a los ojos. Allá donde don Teodor quiso proponernos una estampa idílica —«casal d'humils virtuts i honrats amors...»— don Vicente denunciaba un grave problema de estructuras y de alienaciones, como ahora suele decirse, hasta el extremo de insinuar el «nudo —o nido— de víboras»... Es de lamentar que Blasco no prolongase su «ciclo valenciano». Tendríamos hoy un documento impagable sobre nuestro siglo XIX.

Lo demás.

Al «ciclo valenciano», sin embargo, siguió el «ciclo social»: *La catedral*, *El intruso*, *La bodega*, *La horda*, entre 1903 y 1905. Don Vicente se fue a Andalucía, a Castilla, al País Vasco, a la caza de temas. Se mantuvo en la misma dirección «crítica», ciertamente. Pero no «penetró» tanto en su materia. Por lo demás, y es curioso advertirlo, en estas nuevas novelas Blasco incide en las disquisiciones sobre «la decadencia de España» que por aquellas fechas explotaba los hombres de la «generación del 98». Blasco Ibáñez lo hacía con su expeditiva mentalidad de «republicano de toda la vida», lejos de la neblinosa y

permanente vacilación que caracteriza a los Unamunos, los Azorines y los Barojas. El esfuerzo de Blasco se perdía por exceso de ambición y de ligereza, y sus colegas más jóvenes no se dignaron tenerlo en cuenta. A Blasco le ocurrió que, por una circunstancia cronológica clara, no fue ni carne ni pescado: ni del siglo XIX ni del siglo XX. Su mismo naturalismo resultaba «anacrónico»: tardío respecto de doña Emilia Pardo-Bazán, por ejemplo, y *démodé* cuando Azorín, Valle-Inclán y Baroja ganaban terreno. Ese desfameamiento taró toda su obra, incluso sus ideas.

El resto de la labor novelística de Blasco Ibáñez se produce en una progresión continua de «irrealismo». Subsiste su poderosa vitalidad de narrador, pero disminuye a la carrera aquella energía «veraz» de sus principios. Trabaja con clisés e impresiones superficiales. *Sangre y arena* o *Los muertos mandan* son, sencillamente, triviales. De *Los cuatro jinetes del apocalipsis* no hay ni que hablar. Estos y otros libros fueron un magnífico pedestal para la fama y la prosperidad de don Vicente y quizá lo sigan siendo en el futuro. Pero ahora hablamos de otra cosa. Y en su última etapa se embarcó en la aventura de escribir novelas de «reivindicación patriótica», dirigidas a rebatir la presunta «leyenda negra» sobre los Borgia y sobre los Conquistadores. Por una extraña ironía de los hechos, Blasco, furibundo enemigo de la Dictadura de Primo

de Rivera, coincidió con los asalariados de ésta en el chinchin de un «hispanoamericanismo» –todavía no se había inventado el vocablo «hispanidad»– de percalina. *En busca del Gran Kan* y *El caballero de la Virgen* se publican después de su muerte, en 1928 y 1929.